Amor de Madre

7

AMOR DE MADRE.

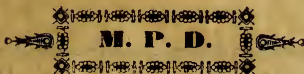
DRAMA EN DOS ACTOS,

ARREGLADO AL TEATRO ESPAÑOL

POR

DON VENTURA DE LA VEGA.

Este drama ha sido aprobado para su representacion por la Junta de censura de los Teatros del Reino en 30 de Junio de 1849.



MADRID.

IMPRENTA DE POLICARPO LOPEZ.
Cava-Baja, n.º 19, bajo.
Octubre 1872.

1ª ed. M, Yenes, 1841

PERSONAS.	ACTORES.
LORD MELVIL.	*D. Julian Romea.*
ARTURO.	*D. Florencio Romea.*
JOBSON.	*D. Pedro Sobrado.*
LUCAS.	*D. Antonio de Guzman.*
EL MINISTRO.	*D. José Perez Pló.*
MARÍA.	*Doña Matilde Diez.*
BETI.	*Doña Trinidad Parra.*

Pescadores, carpinteros, marineros, aldeanas, criados, etc.

La escena es en Inglaterra: el primer acto en las costas de Portsmouth; el segundo en el castillo de Melvil.

1er Apto. J. Sanchez
1876 = Cuenca

ACTO PRIMERO.

La orilla del mar. En el foro una barca acabada de construir. A la derecha una cabaña de pescador, á cuya puerta cuelga una rama de pino en señal de taberna.

ESCENA PRIMERA.

JOBSON. CARPINTEROS. *Luego* BETI.

Jobson. (*Viniendo con los carpinteros al proscenio.*) Ea! ya, gracias á Dios, está concluida. Me habeis hecho la barca mas hermosa que habrá en toda la costa!... voy á ser la envidia de todos los pescadores de Portsmouth!... (*Llegándose á la cabaña.*) Eh! mujer... Beti... saca unos potes de cerveza para que celebremos el último martillazo.

Beti. (*Dentro.*) Voy, voy.

Jobson. Despacha.—Echaremos un trago al pié de la barca, y así haremos tiempo hasta la hora de bautizarla. (*Sale Beti con la cerveza.*) La ceremonia será así que llegue el padrino... vaya! á que no adivinais quién va á ser padrino del bautismo de mi barca?

Beti. Yo lo sé. El padrino va á ser nada menos que lord Melvil, par de Inglaterra, contra-almirante de la armada de S. M. B., y duque, y conde... y qué se yo!... con mas tierras y mas millones!...

Jobson. Yo lo creo!

Beti. Ya veis si es honor para unos pobres pescadores como nosotros que uno de los primeros señores de

Inglaterra se digne venir aquí á ser padrino de nuestra barca y ponerle nombre.

Jobson. Pocos lo conseguirian; pero á mí me distingue y me protege... yo he servido en su buque y era su ayuda de cámara á bordo... él me tomó cariño y... vereis, vereis así que llegue cómo manda daros cerveza y rom y aguardiente de Francia... Ea! un trago... un trago... (*Bebiendo todos.*) y viva lord Melvil.

Todos. Viva! (*Los carpinteros se dirigen hácia la barca y se ponen á beber.*)

Jobson. Loco estoy de contento!... Sabes, Beti, que la venida de lord Melvil nos va á dar un prestigio!... Un señor tan orgulloso, tan rico, venir en persona...

Beti. Con nosotros siempre ha sido así. El fué quien nos casó y nos compró esta cabaña, y la barca, y las redes... en fin, hizo nuestra suerte... todo se lo debemos!

Jobson. Por eso yo estuve para ahogarme por él hace seis años cuando me tiré al agua por salvar á sir Arturo, que tenia entonces doce años, y enredando se cayó al mar.

Beti. Es cosa particular el cariño que tiene lord Melvil á ese jovencito!

Jobson. (*Afectando indiferencia.*) Eso es natural!... Un huérfano que recogió milord en su último viaje. (*Ap.*) Si tendrá Beti alguna sospecha!

Beti. Un huérfano, un huérfano!... No se tiene á un huérfano ese cariño tan entrañable, tan vivo... Quieres que te diga lo que pienso?... Pues á mí no hay quien me quite de la cabeza que ese chico le toca algo mas de cerca.

Jobson. Ba, ba!... Lo mismo se parece á milord que á mí.

Beti. Puede que se parezca á su madre.

Jobson. A su madre, á su madre!... y dónde está su madre?

Beti. Toma!...

Jobson. Algo se hubiera sonado...

Beti. Quién sabe!... No anduvo milord viajando muchos años, cuando jóven, por Italia, por Alemania, por Francia?... Entonces no se llamaba mas que sir Guillermo Burnet.

Jobson. Es verdad: aun no habia perdido á su tio, de quien luego heredó los títulos y bienes. Pero eso qué prueba?

Beti. Eso prueba que pudo encontrar por esos mundos alguna jovencita que le amase... y como la virtud es tan frágil!...

Jobson, Calla, calla, mala lengua! (*Los carpinteros se dirigen á recibir á los que llegan.*) Qué es eso?... Ah! ahí vienen ya los pescadores que fueron al castillo de Melvil á buscar á sir Arturo.

Beti. Y él viene tambien... míralo... allí... entre Tomás el largo, y Juan Boston... Qué aire tan picarillo tiene!

Jobson. Va á ser el mas intrépido de toda la marina inglesa!

ESCENA II.

DICHOS.—ARTURO, *rodeado de pescadores.*

Pescadores. Viva sir Arturo!... viva!...

Beti. Y vivan los buenos marinos!

Arturo. Y vivan las muchachas lindas! (*La abraza.*)

Beti. (*Dejándose abrazar.*) Qué picarillo!... No hay duda: ha nacido en Francia.

Jobson. Me parece, sir Arturo, que podríais suprimir...

Arturo. Oh! buenos dias, Jobson!... valiente marinero!... (*Señalando la barca.*) Es aquel el chiquillo que vamos á sacar de pila?

Beti. Sí señor; pero no puede haber bautismo sin que venga el padrino.

Arturo. No tardará. Milord me ha mandado venir delante, y deciros que le obliga á detenerse la precision de aguardar unos pliegos que espera de un momento á otro, y que segun presumo deben interesarle mucho.

Jobson. Apostaria á que es algun beneficio que trata de hacer.

Arturo. Bien, Jobson! bien!... me alegro de que le hagas justicia... no eres tú de los que le acusan de vano, de orgulloso... Me gusta que hables así de milord!... y en premio... daré otro abrazo á tu mujer.

Jobson. No señor... no... si yo me doy por premiado...

Beti. (*Que ha ido al foro.*) Ya viene milord... ya viene milord...

Arturo. Muchachos!... al aire los sombreros y *hurra* al almirante!

Todos. Hurra!... hurra!...

ESCENA III.

DICHOS.—LORD MELVIL.

Lord. Gracias... gracias... esos honores no me corresponden aquí... no estamos á bordo.

Arturo. Parece, milord, que venís mas contento que os dejé: los pliegos que esperábais...

Lord. Los he recibido, Arturo, y quiero que tú los leas en alta voz. (*Dándole un pliego.*)

Arturo. Yo, milord!

Lord. Tú; porque este sobre viene dirigido á tí.

Arturo. (*Abriéndolo.*) Qué veo!... el sello de la cancillería!... mi nombre!... un despacho de oficial de marina!...

Todos. Oficial!

Arturo. Ah! milord!... otro nuevo beneficio!...

Lord. Este es el premio de tus adelantos y tu buena conducta en la escuela de marina, Arturo!

Arturo. Ah! señor! no era bastante haber recogido en tierra estrangera á este pobre huérfano... (*Con dolor.*) abandonado por su madre!

Lord y *Jobson.* (*Ap. mirándose repentinamente.*) Ah!

Beti. (*Ap. á Jobson.*) Mira como milord se ha turbado!

Jobson. Calla.

Arturo. Vos habeis querido que os deba mas que la vida, inspirando en mi corazon sentimientos de honradez y deseos de imitar un dia vuestro ejemplo.

Lord. (*Abrazándolo.*) Mi querido Arturo!

Beti. (*Ap. á Jobson.*) Mira cómo le abraza!

Jobson. Calla, habladora!

Arturo. Sí, milord! una voz secreta me dice que yo he de llegar á parecerme á vos... Ah! cuándo llegará ese momento!

Beti. (*Ap.*) Y que haya tenido una madre capaz de abandonarlo!

Lord. Arturo!... tú has de ser mi alegría y mi orgullo!

Arturo. Ah! milord, me permitís que convide á todos estos á remojar mi charretera?

Lord. Sí, Arturo: y haz que lo solemnicen con profusion.

Arturo. (*A los pescadores y demás.*) Ea, camaradas, seguidme á la bodega del amigo Jobson: vamos á dejársela vacía, entretanto que llega el sacerdote á celebrar la ceremonia. Ven á despacharnos, Beti.

Jobson. (*Ap. á Beti.*) No vayas!

Beti. (*Ap. á Jobson.*) Eh! celoso!... me dá la gana.

Todos. Viva sir Arturo!

Arturo. Viva el Almirante!

Todos. Viva! (*Entranse en la cabaña.*)

ESCENA IV.

LORD MELVIL. JOBSON.

Lord. (*Viendo ir á Arturo.*) Qué alma tiene tan elevada, tan generosa!

Jobson (*Ap. mirando ir á Beti.*) Cómo corre la muy loca!

Lord. Qué indole tan buena!

Jobson. Se muere por hacerme rabiar!

Lord. Ah! Arturo mio! tú eres mi amor y mi orgullo! (*Bajando al proscenio.*) Tambien mi ingratitud con la que le ha dado [illegible]er me impone la obligacion de amarle mas, [illegible] por ella y por mí.—Ah! sí!... solo á fuerza de amor y de ternura podré espiar las culpas de mi mocedad... haberle privado de los besos de su madre... de una madre desconocida para él... y tan cruelmente tratada por mí!... Pobre María!

Jobson. (*Que ha ido poco á poco acercándose.*) Dios me perdone la parte que tengo en ello!

Lord. Volvemos otra vez, Jobson?—No te he pagado bastante los servicios que me has hecho y el secreto que me has guardado?

Jobson. No es esto quejarme, milord. Bien me acuerdo que hace quince años no era yo mas que vuestro marinero, vuestro criado... vos me habeis establecido... me habeis casado con mi buena Beti... todo os lo debo... esa casa, ésas redes, esa barca... todo. Me habeis hecho feliz, muy feliz!... pero si quereis que os confiese lo que siento... De algun tiempo á esta par-

te... desde que soy padre, tengo unos remordimientos... cuando veo á mi Ricardo jugando al rededor mio, siempre se me figura que alguien va á venir á robármelo... como yo tuve la crueldad de robar al pobrecillo Arturo. Pobre madre!... sabe Dios si se habrá muerto de pesadumbre!

Lord. (*Conmovido.*) Jobson... bien sabes tú las causas que me obligaron á volver á Inglaterra y á dejarla.

Jobson. Si, milord... á abandonarla sin que le quedase mas apoyo que el de su primo, un pobre estanquero que nada le podia dar.

Lord. Y qué! no le he enviado yo diversas veces sumas considerables?

Jobson. Es cierto: tres viajes hice yo á París con ese objeto antes de mi matrimonio; pero inútilmente. Las dos primeras veces ni aun escucharme quiso, y la tercera me echó con indignacion de su cuarto... de aquel cuartito pequeño donde pasaba dia y noche cosiendo, vestida de luto, al lado de la cuna vacía de su hijo, y con vuestro retrato delante.

Lord. Basta, basta, Jobson!—Esa desgracia es irreparable.

Jobson. Pues yo, en vuestro caso pronto la tendria reparada: bien sé yo lo que haria.

Lord. Qué harias?

Jobson. Escribir á esa desventurada unos renglones en que la dijera: «Si al cabo de tantos años no te has muerto aun de dolor, vente inmediatamente á mi lado;» y así que estuviese aquí llamar á Arturo y decirle: «hijo mio, ahí tienes á tu madre!...»

Lord. Jobson!

Jobson. .....y al dia siguiente presentarla á todos diciendo: esta mujer se llama lady Melvil...

Lord. Jamás!...

Jobson. .....y acallar así el grito de vuestra conciencia... y la mia; sí, de la mia!... porque yo le robé su hijo, su único consuelo en el mundo... yo!... y tuve entrañas para decirle á sir Arturo que su madre lo habia abandonado en cueros á las puertas de una iglesia!... (*Con esclamacion de amargura.*) Ah! milord! tenemos los dos muchas culpas de que acusarnos!

Lord. (*Despues de una pausa en que ha procurado sere-*

narse.) Jobson, escúchame por última vez.—Soy par de Inglaterra, contra-almirante de la armada de S. M. B.; y jamás el descendiente de los duques de Melvil manchará con una alianza indigna el blason de su casa.

Jobson. Es decir que Lord Melvil no se acuerda ya de sir Guillermo Burnet. (*Síntomas lejanos de tempestad.*)

Lord. (*Con autoridad.*) Basta.

Jobson. (*Con respeto.*) Bien, mi almirante.

ESCENA V.

DICHOS.—ARTURO. BETI. PESCADORES.

Arturo. Milord, qué fortuna!... no oís?... amenaza una tempestad... truenos, relámpagos... Ah! quién estuviera ahora en la mar!

Lord. Sí, se ha levantado viento; pero no será nada.

Arturo. Pues yo, con permiso de mi almirante, sostengo que antes de un cuarto de hora tenemos vendabal.

Lord. (*Sonriendo.*) Y en qué lo conoce el señor oficial?

Arturo. En qué?—Mirad... veis allá... allá en el horizonte aquella nubecita?

Lord. Pues es verdad!

Arturo. Oh! no direis que no me aprovecho de vuestras lecciones.—Os acordais de esa goleta que observamos antes que venia navegando cuatro cuartas contra viento, y no podia doblar la punta de Portsmouth? Pues yo apuesto á que si estuviera á su bordo lo haria mejor que el capitan que la manda.

Lord. Por qué?

Arturo. Porque se me figura que el tal no conoce muy bien esta costa... y si se mueve borrasca, temo que estrelle la goleta en la roca negra.

Lord. Por esta vez creo que no se cumplirá tu prediccion.

Arturo. Ojalá! mi almirante.

Jobson. Milord, aquí viene ya el ministro y toda la comitiva para el bautismo de la barca.

ESCENA VI.

DICHOS.—EL MINISTRO. *Acompañamiento de hombres y mujeres, que traen la bandera inglesa: música militar.*

Lord. Salud á nuestro digno ministro.

Ministro. Salud al noble duque de Melvil. Segun os servísteis disponer, milord, vengo á cumplir con la ceremonia religiosa de bendecir la nueva barca que ha construido Jobson. Todos mis feligreses, noticiosos de que vos os dignábais honrar al pobre pescador, sirviendo de padrino en este bautismo, han querido acompañarme para disfrutar de la presencia del bienhechor de esta comarca.

Lord. Su cariño y respeto hácia mi persona me empeñan cada dia mas.—Pero el cielo se cubre... podemos dar principio á la ceremonia cuanto antes.

Ministro. Milord, que nombre quereis dar á la barca?

Lord. (*Mirando á Arturo.*) «El jóven Arturo.» (*Arturo ha tomado la bandera inglesa y ha subido á la barca.—La tempestad se acerca cada vez mas; los truenos y relámpagos menudean: el mar se va agitando con rapidez.—Todos los concurrentes se dirigen á la barca y se quitan el sombrero.*)

Ministro (*Estendiendo los brazos.*) Barca nueva! en el nombre de Dios, que suscita y enfrena las tempestades del mar, yo te bendigo! (*Rompe la banda de música militar.*)

Arturo. (*Tremolando la bandera.*) Dios guarde á la reina! Dios proteja á la Inglaterra!

Todos. (*Agitando los sombreros y banderolas.*) Viva!...

Arturo. (*Mirando hácia el mar.*) Silencio!... silencio!... (*La música cesa.*) Milord!... qué os dije yo!... mirad!... la goleta no gobierna... el temporal la trae hácia la costa... ya la tenemos aquí... va á estrellarse en la roca negra!... (*Suena un cañonazo de socorro. Lord Melvil, el ministro y algunos otros suben á la barca.*)

Lord. El cañonazo de socorro!... (*Mirando.*) Qué veo!... ha perdido un palo!... sin remedio se va á pique!... (*Suena otro cañonazo muy cerca.*)

Arturo. Ha izado bandera... es un buque francés mercante... qué dolor! el viento lo empuja á la roca!... (*Suena otro cañonazo: óyese el ruido de estrellarse en en la roca y el grito de* Socorro! *de la tripulacion, mezclado de truenos y relámpagos, y del ruido del viento y las olas.*)

Todos. Se estrelló!

Ministro. Dios perdone sus culpas!

Arturo. (*Clavando lo bandera en la barca.*) Compañeros, á la mar!... todos á las barcas!... salvemos á esos desgraciados, ó perezcamos nosotros!...

Lord. (*Abrazándole.*) Oh! noble Arturo!...

Arturo. (*Bajando.*) Compañeros, nada debemos temer... saldremos con nuestra empresa... porque el almirante nos va á dirigir!... no es verdad, milord?

Lord. (*Con voz de mando.*) A la mar!

Todos. A la mar! (*Precipítanse fuera de la escena.*)

ESCENA VII.

EL MINISTRO. BETI. LAS MUJERES.

(*El ministro permanece en la barca. Beti y las mujeres arrojan cuerdas al mar. Durante esta escena se oyen con breves intérvalos dentro los gritos de* «Socorro!... socorro!...» *de los náufragos, y los de* «Animo!... brazo!... á la roca!...» *que profieren los que van en su auxilio.*)

Ministro. Echad algunos cables para que puedan asirse á ellos los infelices que hayan caido al agua... (*Voces dentro.*)

Beti. Id á la cabaña... traed mas cables... Dios mio!... qué consternacion!... (*Voces.*)

Ministro. Ya han saltado en las barcas... ya van remando... Sir Arturo va en la primera... miradlo en pié animando á los demás... (*Voces.*)

Beti. Milord va en la segunda... y mi marido tambien... Ay! Dios los saque con bien! (*Voces.*)

Ministro. Valor, hijos mios!... valor!... Ya están junto á la goleta... ya los recogen... Bendito sea el Señor! (*Voces.*)

Beti. Y la goleta se sumerge... Ay!... (*Retirándose.*) yo no puedo mirar eso!... qué horror!... me estremezco toda. (*Voces dentro que dicen:* «á tierra!... á tierra!») Dios mio! qué es eso! qué sucede!... Señor!... y mi marido?

Ministro. Demos gracias á Dios, hijas mias!... todo ha salido con bien... ya los traen, ya están en la playa!...

(*Voces mas cerca:* «á tierra con todos!» Beti, hijos mias... (*Bajando de la barca.*) vamos á recibir á los náufragos, á prodigarles todo género de socorros... esta es la ocasion de ejercitar una de las primeras obligaciones que nos prescribe la santa religion que profesamos... hallen hospitalidad en vuestras cabañas, partid con ellos el pan del pobre...

Arturo. (*Dentro.*) Se han salvado!... se han salvado!...

ESCENA VIII.

DICHOS.—ARTURO, *trayendo en sus brazos una mujer desmayada: detrás de él* JOBSON *y marineros con algunos náufragos; luego* LORD MELVIL.

Arturo. Yo la he salvado!... (*La coloca en un banco: las mujeres la rodean.*) Vive, vive... no está mas que desmayada. Beti, á vos os la confio... (*A lord Melvil que sale.*) Ah! milord... venid, yo he salvado á esta infeliz... es una francesa... compatriota mia!

Lord. (*Abrazándole.*) Bien, Arturo, bien!

Arturo. Ahora vamos á los otros... si perece uno solo no hemos hecho nada. Compañeros, á las barcas!

Todos. A las barcas! (*Vanse precipitados.*)

Lord. Jobson, haz que tu mujer se lleve adentro á esa infeliz, y cuide de hacerla recobrar los sentidos: vosotras llevaos á vuestras cabañas los demás náufragos.

Jobson. Has oido? adentro con todos. (*Acércase á ella.*) Santo Dios!

Beti. Qué es eso! No tengas cuidado... ya está volviendo en sí... Amigos, ayudadme... haremos que huela vinagre... no es mas que el susto. (*Ayudada de las demás la lleva dentro, y tambien á los otros náufragos. Siguen dentro las voces, aunque mas lejanas. La tempestad va disminuyendo.*)

Jobson. (*Ap.*) Estoy soñando... ó es ella!

ESCENA IX.

LORD MELVIL. JOBSON.

Lord. Qué es eso, Jobson!... no sigues á tus compañeros?

Jobson. No, milord.

Lord. Qué tienes?... estás azorado!

Jobson. Mas lo estaríais vos, mi almirante, si hubiérais visto lo que yo acabo de ver.

Lord. Qué has visto?

Jobson. Esa mujer desmayada...

Lord. Qué?

Jobson. A pesar de tantos años de ausencia, la he conocido: es ella...

Lord. Quién?

Jobson. La mujer que vos abandonásteis... la madre de sir Arturo...

Lord. Silencio, desgraciado!... Oh! es imposible que sea... tú me engañas, tú te has equivocado!

Lucas. (*Dentro con voz afligida.*) Socorro! socorro!... que me ahogo!

Jobson. Algun náufrago de la goleta.

Lucas. (*Dentro.*) Socorro! socorro!...

Jobson. (*Mirando al mar.*) Viene sobre unas pipas colocadas en tablones... (*Aparece por el mar Lucas montado en una pipa que está puesta sobre maderos cruzados.*)

ESCENA X.

DICHOS. — LUCAS.

Jobson. Milord, voy á ayudarle á salir á tierra. (*Acércase á la orilla, y le echa una cuerda.*)

Lucas. No os metais en el agua... no os mojeis... yo la ataré aqui... tirad, tirad no mas. (*Ata la cuerda á los maderos; Jobson tira de ella, lo trae á la orilla, y lo hace saltar en tierra.*)

Lord. (*Ap.*) No estoy en mi! será posible!... María aqui!... si llega á descubrir quién es Arturo... Ah!

Jobson. Buen hombre! estareis hecho una sopa!... (*Trayéndolo á la escena.*)

Lucas. (*Que no ha soltado de la mano una jaula con su cotorra.*) No tal. Echaron al mar esos maderos cruzados con una pipa encima, y yo me monté en la pipa... y así he venido navegando, hecho un dios Baco... de manera que no me he mojado mas que las medias. Yo os doy gracias por haberme salvado... á mi y á mi cotorra.—Pero y mi prima?... dónde está mi prima?... Ay! si yo hubiera podido traérmela en la jaula!... que

bien merecia estar en una jaula. Pero no sabeis de mi prima? qué será de mi prima!...

Lord. (*Con viveza.*) Cómo se llama vuestra prima?

Lucas. Lo que es yo, me llamo Lucas Duflot, estanquero en Paris.

Lord. (*Ap.*) El es.

Lucas. Y ella... ella no quiere que la llamen sino lisa y llanamente Maria.

Lord. (*Ap. á Jobson.*) Maria!... ella es, no hay duda!

Lucas. Pero si el demonio no anduviera suelto, podria tener otro nombre.

Jobson. (*Ap. á lord Melvil.*) No os lo dije, milord!

Lord. (*Ap. á Jobson.*) Evitar su presencia es imposible...

Jobson. (*Ap. á lord Melvil.*) Imposible! al fin llegaria á averiguar que sir Guillermo Burnet y lord Melvil son uno mismo.

Lord (*Ap. á Jobson.*) Sí, sí... es mejor que yo la vea, que yo la hable, antes que empiece á hacer preguntus á tu mujer y á los demás.

Lucas. Estrangeros! nada me respondeis?... os hablais en secreto!... Qué es eso? no habeis podido pescar á mi pobre prima?... Decídmelo! decídmelo!... y me vuelvo al instante á la pipa.

Lord. No, tranquilizáos... Vuestra prima se ha salvado... pronto la vereis, y se os darán todos los socorros que vuestra situacion reclama. Entre tanto tened la bondad, señor Duflot, de esperar aquí: este marinero os hará compañía. (*Ap. á Jobson.*) Quédate con él.

Lucas (*Ap.*) Qué bien criado es este marino! (*Lord Melvil le saluda y se entra en la cabaña: Lucas contesta con profundas y repetidas cortesías.*)

ESCENA XI.

JOBSON. LUCAS.

Lucas. Pero qué bien criado es!... cómo se llama?

Jobson. Lord Melvil.

Lucas. Lord Melvil... no le conozco. Verdad es que yo no conozco á nadie en Inglaterra. (*Sacudiéndose el agua de las piernas; movimiento que hace de cuando en cuando durante la escena.*)

Jobson. (*Ap.*) Tratemos de averiguar á qué venian á Inglaterra.—Y este viajecillo, señor Lucas, atravesando al canal de la Mancha, y viniendo por esta costa, habrá sido sin duda para introducir su poquito de tabaco?... algun contrabandillo, eh?

Lúcas. Qué disparate!... Es decir, algo de contrabando tiene el asunto... pero no es contrabando de tabaco. Yo no quisiera descubrírselo á alma viviente... pero ello, si se ha de averiguar la cosa, no hay mas remedio que contarlo.

Jobson. Oh! sí!... y no podíais haberos dirigido á mejor persona que á mí.

Lúcas. Pues señor, empezaré por deciros que estos ingleses son unos tunantes...

Jobson. Eh?

Lúcas. No, escepto vos... y ese señor tan bien criado que acaba de marcharse.—Pues señor, prosigo. Tenia yo una prima mas linda que una rosa... yo la queria como un tonto, y ya estaba formando mis planes de decírselo, cuando vé aquí de la noche á la mañana me encuentro conque se habia enamoricado de un caballerete inglés... Tunante!

Jobson. (*Ap.*) Esta es nuestra historia.

Lucas. Verdad es que se llamaba sir Guillermo y yo Lucas... Muy almibarado, muy derretido, muy sí señor... En fin, siguieron con fuerza los amores, y al cabo... ya se ve... cosas que...—Pues señor, parió mi prima un chiquillo... hermosote, eso sí! Pero amigo, quereis creer que al año de esto, poco mas ó menos, el pícaro del inglés desapareció... y hasta hoy? Mi prima cayó mala, y por poco las lía... Llorando siempre de dia y de noche!... Yo, qué habia de hacer?... me dediqué á cuidar al chiquillo... yo le fajaba, y yo le mecia, yo le daba papilla...

Jobson. (*Ap.*) Pobre hombre!

Lucas. Cuando ya tenia dos años, me lo traía yo al estanco para que enredase y dejára trabajar á su madre. Pues señor, un dia... miento, que fué una noche... aun no habia yo encendido el velon, y el chiquillo andaba diableando por encima del mostrador, cuando cátate que entra un hombre embozado en su capa.

Jobson. (*Ap.*) Ese era yo.
Lucas. «A ver: una onza de tabaco colorado.»—Yo le peso su onza... bribon!... y se la pesé bien... al muy tunante! El empieza á olerlo, y dice: «Este tabaco es malo.»—«Cómo malo!»—«Digo que es malo... huela, huela.»—Voy á olerlo, y qué hace?... plaf!... me sopla la onza de tabaco en los ojos... á media onza por ojo... Huy! todavía me escuecen cuando me acuerdo. Me quedé sin sentido... empecé á chillar, y cuando me curaron y pude abrir los ojos... á Dios chiquillo! lo perdí, me lo quitó, me lo robó aquel tunante, aquel asesino, aquel ladron! Convengamos, convengamos en que fué un ladron... no es cierto?... la verdad, no fué un ladron?
Jobson. Un ladronazo!
Lucas. (*Dándole la mano.*) Me alegro.—Pues señor, prosigo. La pobre madre estuvo dos meses si se muere, si no se muere; pero yo le dije: no hay que llorar; iremos juntos á buscar al chico, que no puede estar sino en Inglaterra... Por desgracia, ni ella ni yo teníamos un cuarto, de manera que no habia medio de hacer el viaje. Entonces calculé que concretándonos á comer patatas y beber agua, podríamos, al cabo de algunos años, ahorrar un poco de dinero para la espedicion... Así lo hice; y en diez y seis años he logrado juntar una suma, que estoy resuelto á emplear en que recorramos toda la Inglaterra hasta encontrar al ladron.
Jobson. Pero qué esperanza es la vuestra? Vos no le vísteis la cara, no podeis conocerlo, aunque se os pusiera delante... así... como estoy yo?
Lucas. Ay! ay!... lo que veo!...
Jobson. (*Ap.*) Calla! qué será esto!
Lucas. Esperad, esperad... sacaré la muestra. (*Saca del bolsillo un papel en que trae envuelto un boton.*) Cuando me metió el tabaco en los ojos, mi primer movimiento fué echarle la zarpa, y aunque se me escapó, me quedé con un boton entre las uñas, que es absolutamente igual á los que vos llevais. Esta ya es una seña.
Jobson. Cierto! Ya, por lo menos, sabeis que es un marino: solo que en la Gran Bretaña seremos unos cua-

renta y tantos mil... no teneis mas sino escoger.

Lucas. Es verdad; no habia caido en eso.—Pero cachaza... aun tengo otra seña mas individual.

Jobson. Cuál?

Lucas. Ya os lo diré... y vos me ayudareis en mis pesquisas?

Jobson. Por supuesto.

Lucas. Voy á la playa á ver si han salvado mi equipage, y vuelvo á ver á mi prima. Conque me ayudareis?

Jobson. Sin duda alguna. (*Vase Lucas.*)

ESCENA XII.

JOBSON.—*Luego* LORD MELVIL. BETI. MARÍA.

Jobson. Este hombre no me va á dejar vivir! Consultaré al almirante, y haré lo que él me diga.—Pero qué veo!... Milord en persona trae aquí del brazo á esa desventurada... Si le habrá tocado Dios al corazon! (*Sale María, apoyada en el brazo de lord Melvil, y sostenida por Beti.*)

Beti. Tomareis un poco el aire, y eso os hará provecho.

María. (*Aun no vuelta en sí.*) Dónde estoy?

Lord. Serenaos... la tempestad ha cesado, y estais en sàlvo. (*Hace señas á Jobson y á Beti de que se alejen.*)

María. Es verdad. (*Procurando volver en sí.*)

Lord. (*Ap.*) Aun no me ha conocido. (*Beti y Jobson entran en la cabaña.*)

ESCENA XIII.

LORD MELVIL. MARÍA.

María. Ah! qué sueño tan horrible!... (*Déjase caer en un banco.*) Pero no, no ha sido sueño... yo me embarqué, y me alejé de Francia... si: luego se levantó una tempestad, oí gritos de desesperacion, yo me acongojé, perdí el sentido... Luego oí una voz dulce y pura que me llegó al corazon... «Yo os salvaré,» decia, y así fué: ya estoy en salvo.

Lord. (*Ap.*) Parece que se va recobrando.

María. (*Viéndole.*) Ah! sois vos, señor, á quien debo la vida!... gracias os dá esta pobre madre... (*Mirándolo fijamente.*) Pero qué veo!... es ilusion! me en-

gañan mis ojos!... (*Cayendo de rodillas.*) Hablad, señor... hablad, yo os lo suplico!

Lord. Alzad, señora, alzad.

Maria. Esa voz... Ah! él es, Dios mio!... Guillermo!

Lord. (*Conmovido.*) María!

Maria. Guillermo... (*Mirando al rededor.*) y mi hijo?... qué habeis hecho de mi hijo?

Lord. Serenaos, María.

Maria. Ah!... respondedme... respondedme en nombre del cielo!

Lord. Vive... y está aquí.

Maria. Mi Arturo!... (*Dando voces.*) Arturo! hijo mio!...

Lord. Ah! callad, por Dios, callad!... Ahora vendrá, os lo prometo; pero antes me escuchareis... Ah! si, me escuchareis, María, porque este momento puede decidir de vuestra suerte y de la mia... y sobre todo, de la suerte de vuestro hijo.

Maria. (*Sorprendida.*) Qué decís?

Lord. Qué he de decir!... que ha sido fatal vuestro pensamiento de venir á Inglaterra!

Maria. Eso os atreveis á decir, Dios mio! Vos no sabeis, sin duda, todo lo que yo he padecido! El dolor habia trastornado mis sentidos, yo estaba loca, Milord... sí, loca! Yo llamaba á gritos á mi Arturo... yo creia verlo en todas partes, de noche, de dia... Ah! qué infeliz he sido! Y ahora que lo encuentro, ahora que está cerca de mí, decís que ha sido fatal la llegada de la pobre María?... Ah! Milord, vos no conoceis el corazon de una madre, ni habeis amado jamás á vuestro hijo!

Lord. Que no le he amado jamás!... pues qué, si no ese amor, es lo que me ha hecho ser mas culpable con vos!

Maria. Ah! no se hable mas de vuestras ofensas: hace ya mucho tiempo que os las he perdonado.

Lord. Pues yo, para adquirir algun derecho á ese perdon de la madre, he querido redoblar mi amor hácia el hijo. Ah! María, preguntadle, preguntadle con qué esmero le he cuidado en su infancia, con qué cariño le he educado, con qué gozo le veia crecer...

Maria. Ah! yo no lo veia!

Lord. Con cuánta delicia le miraba durmiendo á mi lado! cómo latia mi corazon al contemplar sus hermosas facciones!...
Maria. Es muy hermoso, no es verdad?
Lord. Y siendo ya mozo, quién, sino yo, le ha inculcado esos sentimientos nobles, todas esas virtudes que le adornan? Ah! María, él es mi orgullo, mi esperanza... su vida es mi vida, separarme de él es imposible, sería matarme! Ya veis, María, ya veis si le amo tanto como vos!
Maria. Pues bien, sí... los dos le amaremos, Guillermo!... Llevadme, llevadme á verlo... quiero abrazarlo, quiero estrecharlo contra mi corazon!...
Lord. Esperad!...
Maria. Yo quiero verlo!
Lord. Por Dios, María, esperad, esperad!... no le digais que es hijo vuestro.
Maria. Que no le diga que es mi hijo!... y por qué?
Lord. Por qué, decís? Pues no veis que su frente va á cubrirse de vergüenza, y que la madre tendrá que ruborizarse en presencia del hijo?
Maria. (*Con desesperacion.*) Ah! Dios mio!... es verdad!... Pero qué me importa á mí ese mundo que me arroja de su seno?... quiere que le sacrifique yo mi vida entera? No: harto desgraciada he sido!... yo quiero ver á mi hijo, yo quiero verlo!
Lord. Ah! por el bien de Arturo, por el bien de los tres, María, esperad!
Maria. Guillermo, hace diez y seis años que estoy esperando.
Lord. Solo os pido un dia, un solo dia de silencio, María... y vuestro sacrificio será mas llevadero, porque vendreis conmigo al castillo.
Maria. Con él?
Lord. Con él: pasareis el dia á su lado, le vereis á cada instante, dormireis junto á él, y mañana...
Maria. Mañana, lo mas tarde...
Lord. Si; mañana, os lo juro por mi honor, la suerte de los tres quedará fijada.
Maria. Bien, Milord: esperaré. (*Suena ruido lejano, que se va acercando.*)
Lord. Ois? viene gente...

Arturo. (*Dentro.*) A la cabaña.
Maria. Esa voz...
Lord. Es la suya.
Maria. Ah! le voy á ver!
Lord. Conteneos... me lo habeis ofrecido.

ESCENA XIV.

DICHOS.—JOBSON. BETI. ARTURO. LUCAS, *cargado de maleta, sombrerera, jaula, etc. Pescadores. Náufragos.*

Arturo. Milord, Dios nos ha protejido; todos los náufragos se han salvado!
Maria. (*Ap., ansiosa de ir á abrazarlo.*) Ah!
Lord. (*Ap. conteniéndola.*) Maria!
Lucas. Todos, prima mia... incluso yo y la cotorra, y el sombrero...
Arturo. Señora, me felicito de haber tenido la dicha de salvaros.
Maria. Vos?... fuisteis vos?
Arturo. Yo, yo solo.
Maria. (*Echándose en sus brazos enagenada.*) Ah! fuisteis vos!...
Lord. (*Temeroso.*) Señora!...
Maria. (*Separándose de Arturo.*) Perdonad, sir Arturo, este movimiento involuntario... pero he sido madre, he perdido á mi hijo, y vuestra presencia me lo ha recordado.
Arturo. Vos habeis perdido un hijo?... Pues yo he perdido á mi madre, señora, y tambien vos me recordais mi desgracia.
Lord. (*Cortando la conversacion.*) Basta, Arturo... estos pobres náufragos necesitan descansar, la cabaña de Jobson es muy pequeña para todos, y espero que acepten la hospitalidad que les ofrezco en mi castillo.
Lucas. Aceptamos, aceptamos todos. (*Ap.*) Lo dicho: es muy bien criado este señor.
Lord. Pues vamos al castillo. (*Todos echan á andar. María va á dar el brazo á Arturo, que se lo ofrece; pero lord Melvil, fingiendo no reparar en ello, se interpone y se lo presenta.*) Señora...

FIN DEL ACTO PRIMERO.

7. P.

ACTO SEGUNDO.



Magnífico salon en el castillo de Melvil.

ESCENA PRIMERA.

LUCAS.

(*Sale limpiándose los dientes con un palillo.*)

Bien he almorzado!... bien, bien!... me he comido lo menos tres raciones de biftek. No hay como estos pícaros ingleses para asar la carne! Lástima que pusieran al rededor aquella fila de patatas!... Huy! á un hombre que se está atracando de ellas hace diez y seis años!...—Pues señor, todos los compañeros de naufragio se han marchado ya, unos en el vapor, otros por el camino de hierro... Mi prima y yo somos los únicos que se han quedado: qué será esto? si habrá en ello misterio? si querrán estorbar que sigamos nuestra pesquisa? ese Jobson, que ha venido con nosotros al castillo, es un hombre que se me ha atravesado aqui... y no hay quien me quite de la cabeza que yo he visto aquella cara antes de ahora... Si sacaremos en limpio que él es el dueño del boton!...—Y mi prima, que se le ha antojado ahora irse á pasear... Ahí viene... oiga! y del brazo con aquel mocito que la salvó!... Y se ríe! Jesus!... á que se ha olvidado ya del chiquillo? Vamos, está visto, yo solo tengo un verdadero corazon de madre!

ESCENA II.

MARÍA. ARTURO. LUCAS.

Arturo. (*Al salir.*) Conque, qué os parece el parque de Melvil?

Maria. Lo que de él he visto me dá muy alta idea de esta posesion. Debe ser muy rico Milord.

Arturo. Es dueño de todo un condado... Oh! de los lores mas ricos de Inglaterra!

Maria. No le he visto en toda la mañana.

Arturo. No tardará en llegar: hoy está de gran ceremonia; ha ido á revistar la escuadra que debe dar la vela.

Lucas. Prima... (*Ap.*) No ha reparado en mí!—Prima, cómo va de salud?

Maria. Ah! eres tú, mi querido Lucas?

Lucas. Has descubierto algo desde esta mañana?

Maria. No: desde esta mañana, nada.

Lucas. (*Con misterio.*) Pues yo le ando á los alcances.

Maria. Tú?

Lucas. Yo.

Arturo. (*A María.*) Quién es este caballero?

Lucas. Lucas Duflot, estanquero en París, calle de los Monos, número 104, servidor vuestro.

Maria. Primo mio, y mi mejor amigo, sir Arturo.

Lucas. Arturo!... Cómo! este caballerito se llama Arturo?

Arturo. Sí: qué hay en eso de estraño?

Lucas. (*Ap. á María.*) Si fuera el chiquillo este jóven!...

Maria. (*Sonriendo.*) Sería cosa rara, no es verdad?

Lucas. Qué! no puede ser él. Me acuerdo yo del chiquillo como si lo estuviera viendo!... Un pelito tan rubio... unos carrillotes tan colorados... Verdad es, que con diez y seis años encima, ya debe haber cambiado de figura... A ver, probemos, probemos si se acuerda cuando yo le llamaba. (*Se pone enfrente de Arturo y le llama con las dos manos, haciéndole mimos como á un niño de dos años. Arturo se echa á reir.*) Ay, ay, ay!... no era así como se reia.

Arturo. Por qué me haceis esos gestos?

Lucas. Por nada. Era una idea equivocada... Pero no importa: yo no desmayo. Prima, consiento en que

me arañes, si pasa la mañana sin que yo atrape al ladron. (*Vase corriendo.*)

ESCENA III.

ARTURO. MARÍA.

Arturo. Al ladron!... se ha vuelto loco vuestro primo?

Maria. No, este es un secreto que acaso algun dia llegareis á saber.

Arturo. Hasta ahora lo que os puedo decir es que jamás, aun yendo del brazo de la mas hermosa lady, he sentido el dulce placer que me ha causado nuestro paseo de hoy.

Maria. (*Sonriendo.*) Ese cumplimiento lisonjea demasiado mi amor propio. Sir Arturo, yo quiero que me trateis como trataríais á vuestra madre.

Arturo. O á mi hermana.

Maria A una hermana mayor.

Arturo. Bien; de esos dos títulos escoged aquel que inspire mas afecto, mas cariño.

Maria. Mi eleccion estaba ya hecha!

Arturo. Y sobre todo, prometedme quedaros mucho tiempo, muchísimo tiempo, en este castillo.

Maria. Todo el tiempo que pueda.

Arturo. Oh, qué alegría!... en cuanto á Milord, no tengais cuidado, no se opondrá: es noble, generoso, tiene algunas preocupaciones aristocráticas; pero su corazon es de un ángel... conque es cosa decidida: no nos separaremos nunca. (*Suenan dentro tres campanadas.*) La campana! Ya ha llegado Milord.

Maria. (*Ap.*) Tan pronto!... Ah, cuánto estaba gozando!

Arturo. Qué teneis?... parece que os habeis inmutado! (*Ábrense las dos hojas de la puerta del foro: aparecen seis lacayos de toda gala, que se colocan en dos hileras.*)

Maria. No... la estrañeza... no sé... estoy tan poco acostumbrada á estas etiquetas de la alta nobleza... pero no es nada; ya estoy serena. (*Aparece lord Melvil vestido de gran uniforme de almirante, con banda y collar, y seguido de otros lacayos tambien de*

gran gala, que se quedan ocupando en fila la puerta: todos se inclinan al pasar su amo con el mas profundo respeto.) El es!... yo tiemblo!...

ESCENA IV.

DICHOS. LORD MELVIL.

Lord. (*Al entrar.*) Los dos juntos!... si le habrá revelado?... (*Saluda á María, la cual le contesta: en seguida hace una seña y todos los lacayos se retiran cerrando la puerta.*)

Arturo. Quereis creer, Milord, que esta señora se ha turbado al veros llegar? Sin duda ignora que el castillo de Melvil es un asilo donde se encuentra la mas generosa hospitalidad. Así es que yo la he hecho los honores en vuestro nombre, la he salido garante de nuestro afecto... y en fin, la he ofrecido que se quedará con nosotros. Milord, mi palabra está empeñada... y vos no podeis ya desairar á un oficial de marina.

Lord. Me gusta, Arturo, esa generosidad de corazon... pero ya olvidais un negocio de la mayor importancia.

Arturo. Cuál?

Lord. Os han traido el uniforme y no os lo vais á poner?

Arturo. Ay! es verdad!... soy un aturdido! Voy á estrenar mi charretera!... Ah, qué feliz soy!... al verme entre los dos ya casi se me figura que no soy huérfano... hasta luego... hasta luego... (*Vase por el foro.*)

ESCENA V.

LORD MELVIL. MARÍA.

Maria. Ya veis que he guardado el secreto, Milord.

Lord. Mucho os lo agradezco... Así, pues, él ignora aun que os debe el ser?

Maria. Lo ignora... pero este misterio cesa hoy, no es cierto?

Lord. (*Con calma.*) En cuanto concluya de hablaros, María, quedareis libre de vuestra promesa.

Maria. Y podré entonces?...

Lord. Obrar segun os parezca. Sobre este punto consultareis vuestro cariño y el interés de vuestro hijo.

Maria. (*Admirada.*) El interés de mi hijo!

Lord. Escuchadme, pues, con atencion: esta mañana os ofrecí manifestaros la resolucion que pensaba tomar; voy á hacerlo, y cualquiera que sea, os lo prevengo, es irrevocable.

Maria. (*Turbada.*) Hablad, Milord.

Lord. Antes de todo, permitidme que trate de disminuir á vuestros ojos la odiosidad de mi pasada conducta.

Maria. (*Apartando los ojos.*) Ah!...

Lord. No me condeneis sin oirme: pongo á Dios por testigo de que en todo lo que voy á deciros no hay nada que no sea verdad! (*Tomándola afectuosamente la mano.*) Vos habeis creido... y aun lo creeis, que sir Guillermo al amaros no tuvo otra intencion que la de seducir á una jóven para abandonarla en seguida á la miseria y la deshonra?

Maria. Lo crei, Milord, y lo creo todavia!

Lord. Pues, os lo juro; ese infame pensamiento no deshonró mi primer amor: entonces, María, mi mayor felicidad hubiera sido legitimar nuestra union. Por mi honor os aseguro que pensaba daros mi nombre.

Maria. Vos!

Lord. Yo... Acordaos del viaje que hice á Inglaterra en la época del nacimiento de Arturo: aquel viaje debia decidir nuestra suerte. Yo venia á echarme á los piés de lord Melvil, mi tio y mi tutor, y á pedirle su consentimiento; pero un suceso inesperado hizo que todo cambiase de aspecto. Mi tio y su hijo único acababan de morir casi repentinamente, y yo me hallé heredero de la casa de los duques de Melvil.

Maria. Ya entiendo: la alta nobleza entonces os rodeó, la corte os abrió sus puertas... y la ambicion se apoderó de ese corazon, y ahogó en él los mas dulces sentimientos de la naturaleza!

Lord. Como cabeza de una de las primeras familias del reino, me vi elevado por mi soberano á un puesto eminente... su voluntad me impuso otras obligaciones... y ya no estuvo en mi mano elegir una vida oscura y feliz!

Maria. Y ahora, lord Melvil?

Lord. Ese título que me recordais debe bastar á proba-

ros que el amor de sir Guillermo tiene que ceder ante la razon, cruel acaso, pero imperiosa, del par de Inglaterra, y que la voz del corazon es forzoso que calle ante las preocupaciones del mundo y la desigualdad de las clases.

Maria. Ah, no acabeis!... guardaos ese título que tanto temeis deshonrar... yo no os pido mas que mi hijo!

Lord. (*Despues de una pausa.*) Tambien yo os lo venia á pedir.

Maria. A pedirme mi hijo!... (*Aterrada.*) Ah!... tiemblo comprender esas palabras!

Lord. No sé, Maria, no sé de qué frases valerme para anunciaros lo que tengo resuelto. Es posible que sea mi destino haceros siempre padecer?

Maria. Qué será esto? Dios mio!

Lord. Un dolor mas cruel que todos los que habeis sufrido... lágrimas mas amargas que cuantas habeis derramado... un sacrificio, en fin, que acaso no habrá hecho hasta ahora ninguna madre del mundo!

Maria. Un sacrificio!

Lord. (*Desdoblando lentamente un papel.*) Ved aquí un documento firmado de mi mano: por él adopto á Arturo y le aseguro mi nombre, mis títulos y mis bienes. (*La mira.*) Pronunciad una sola palabra y todo esto es suyo.

Maria. Una palabra!... cuál?

Lord. Ese secreto que hoy habeis guardado, juradme que lo guardareis toda la vida.

Maria. Esplicaos... no os entiendo bien... Que guarde secreto para con todo el mundo?... Sí, sí, lo guardaré... lo encerraré en el fondo de mi corazon; pero con mi hijo, no!... es esto lo que quereis decir?... con mi hijo no!

Lord. Con vuestro hijo sobre todo.

Maria. Cómo!... que renuncie á mis derechos?...

Lord. Para siempre.

Maria. Que no pueda nunca decirle yo soy tu madre?

Lord. Mas aun; que os separeis de él... que partais.

Maria. (*Con entereza.*) Nunca, Milord, jamás!

Lord. Entonces, señora, partiré yo.

Maria. Vos!

Lord. Sí, porque no quiero que mi hijo, al estrecharos

en sus brazos á vos, deshonrada por mí, os pregunte: «quién es mi padre?» y vos se lo digais; y él que tanto me ama y me respeta me maldiga entonces... No, yo no quiero que Arturo me maldiga!

Maria. Que os maldiga!

Lord. Sí, porque á la voz conque su alma me pediria reparacion, yo no responderia sino con el silencio, y sería de mármol á sus súplicas y á sus lágrimas. Ya veis si me maldeciría.

Maria. Ah!... y yo tambien.

Lord. Pues bien, huiré lejos de aquí; pondré un mundo entero entre vos y yo; iré donde quiera que vos no esteis. (*Déjase caer en un sillon, y apoya la frente en las manos.*)

Maria. Y qué será de él si vos lo abandonais? Yo, pobre de mí, qué puedo ofrecerle en cambio de la brillante suerte que vos le destinais?... la miseria!... La miseria á Arturo... á mi hijo!... Ah, esta idea me horroriza! perder él su porvenir... verse solo en el mundo, sin mas apoyo que el de una infeliz mujer, que nada tiene, nada!... Ah Milord... vos no podeis sentir eso que habeis dicho!... vos no sois capaz de colocar á una pobre madre entre su cariño y la ruina de su hijo!... No me respondeis!... apartais la vista de mí!... ah, teneis entrañas de tigre!!! (*Esforzándose á contener las lágrimas.*) Bien, sereis satisfecho... no descorreré el velo que oculta el secreto de su nacimiento... callaré... me siento con valor para ello... Pero dejadme al menos que viva á su lado!... yo me esconderé para llorar... yo le llamaré hijo mio, cuando él no lo oiga.... seré criada vuestra, criada suya, criada de todos: no le abrazaré nunca!... pero por Dios, que yo le vea, que yo le vea... no me separeis de mi hijo!

Lord. (*La mira enternecido y se levanta lentamente.*) Esa prueba sería superior á vuestras fuerzas.

Maria. No, no: yo os lo juro.

Lord. Ah!... si vos le viérais delante como yo le veo algunas veces, repitiendo con lágrimas: «soy un pobre huérfano!...» no podriais conteneros, y le responderiais con un grito del corazon: «tú eres mi hijo.!»

Maria. Es verdad, Dios mio!... qué ruido es ese?

Lord. Sin duda es Arturo que vuelve!

Maria. Ah! dejad que me vaya, Milord; dejad que me vaya!

Lord. (*Deteniéndola.*) María... una palabra sola!...

Maria. (*Con desesperacion.*) Dejad que me vaya, Dios mio! (*Despréndese de los brazos de lord Melvil y se precipita en su cuarto.*)

ESCENA VI.

LORD MELVIL.

(*Mirándola irse.*) Lo leo en sus ojos... el sacrificio será completo... Ah! yo la recompensaré tanta virtud y tanto esfuerzo... Y ahora no podrá reusar mis dones, porque será la mano de Arturo la que se los ofrezca... Pobre María! yo creí que despues de diez y seis años podria volver á verla sin conmocion... y á pesar mio, los recuerdos de mi juventud se agolpan á mi corazon... ah! lo conozco: nunca se puede ver con indiferencia á la mujer que nos inspiró el primer amor! (*Permanece pensativo.*)

ESCENA VII.

LORD MELVIL. LUCAS.

Lucas. No puedo dar con el ladron!—Hola! aquí está milord.

Lord. (*Ap. sin verle.*) Y si me ha engañado?... si María vacilase y llegára á hablar con Arturo, todo se perdia. Alejarlo de aquí ú obligarla á ella á dejar el castillo, sería demasiado cruel!... (*Oyese ruido dentro.*) Qué ruido es ese?... (*Viendo á Lucas.*) Sabeis vos qué es eso?

Lucas. No, Milord: yo venia buscando al señor Jobson: si pudiérais decirme...

Lord. (*Yendo á la puerta.*) Arturo con marineros!... qué significa esto?

Lucas. (*Ap.*) Marineros!... si estará entre ellos mi ladron!

ESCENA VIII.

DICHOS.—ARTURO. MARINEROS.

Arturo. Milord!... dadme la enhorabuena!... aquí traigo una órden del almirantazgo... (*Agitando un papel.*)
Lord. Orden del almirantazgo á vos!
Arturo. A mi. Me mandan ir hoy mismo á bordo del Real-Jorge... un navío de ochenta cañones!... mirad, mirad... (*Le dá el pliego.*)
Lord. (*Ap.*) Se aleja de aquí... todo se ha salvado!
Lucas. (*Aparte, habiendo pasado revista á todos los marineros.*) Ninguno de estos es.—Y todos tienen los mismos botones!... esto es capaz de volver loco...
Lord. (*Que ha leido.*) En efecto, la órden es terminante: os mandan transportar á Porsmouth los marineros del Real-Jorge que estaban con licencia en los pueblos de esta costa.
Arturo. (*Señalándolos.*) Aqui están todos, alegres y dispuestos á embarcarse como su oficial: no es cierto, camaradas? (*Vá dándoles la mano; Lucas tambien se la dá.*) quereis vos tambien embarcaros con nosotros, buen amigo?
Lucas. Muchas gracias: yo me mareo.—Habeis visto por ahi al señor Jobson?...
Arturo. (*Sin oirle.*) Ea, compañeros, á levar ancla, y viento en popa: voy á ponerme mi uniforme, y vamos á bordo.—Ay! qué cabeza la mia! soy un ingrato!—Esa señora francesa que tanto me quiere... y me iba sin despedirme de ella!
Lord. Se ha ido á su cuarto. Está algo indispuesta.
Arturo. Pobrecilla!
Lucas. Cómo es eso!... mi prima está indispuesta?
Arturo. Y creeis que no podrá recibirme?
Lord. Yo me encargo de disculparos...
Lucas. Y yo.
Lord. Muchachos, seguid á vuestro oficial.
Arturo. (*Ap.*) Yo haré una escapatoria para darla un abrazo.
Lord. Arturo, que os esperamos.
Arturo. Estoy á vuestra órden, mi almirante. (*Vanse lord Melvil, Arturo y los marineros.*)

ESCENA IX.

LUCAS. *Luego* JOBSON.

Lucas. (*Pensativo.*) Con tal que Jobson no se vaya con ellos... Y tengo ya que prescindir de mi boton: si parece que todos aquí se han dado de ojo para llevarlos iguales... Pero me queda otro cuerpo de delito... esta caja de tabaco... (*La saca y toma un polvo.*) Este inmenso receptáculo que el ladron se dejó olvidado sobre mi mostrador en la refriega. Y es suya, no tiene duda: yo he sonsacado á su mujer, que habla mas que mi cotorra, y ella me ha contado que Jobson estuvo en París, precisamente en la época... y cómo me lo ha negado el pícaro!—Yo le confundiré, y veremos qué ha hecho del chiquillo. Será oficial de zapatero... ó grumete de navío... ó pinche... Pero yo le educaré... le enseñare á distinguir las diferentes clases de tabaco... (*Se sienta pensativo.*) En fin...

Jobson. (*Ap. saliendo.*) Por fin sir Arturo se va á marchar, y ya no se volverá á tratar del negocio... Me alegro!... estaba yo en ascuas!... Lo único que siento ahora es haber contado la historia á mi mujer... (*Viendo á Lucas.*) Calle! que está aquí el primo. (*Dándole en el hombro.*) Hola, compadre Lucas!

Lucas. (*Levantándose asustado.*) Eh... qué es eso?... virginia... ó rapé... ó... (*Ap.*) Ay! qué barbaro! pensé que estaba en mi estanco.

Jobson. Estábais dormido?

Lucas. Me alegro que vengais, señor Jobson.

Jobson. Por qué?

Lucas. Charlaremos un rato: tengo una cosa que preguntaros.

Jobson. Ya: tocante á milord... á este castillo... á...

Lucas. No: tocante á París.

Jobson. A París?—Yo nunca he estado allá.

Lucas. Mentís como un sacamuelas.

Jobson. Cómo es eso, gabacho!

Lucas. Vuestra mujer me ha dicho que sí.

Jobson. (*Ap.*) Ah! maldita charlatana!—Pues yo os digo que no: eso lo habeis soñado allá en vuestro estanco de la calle de los Monos...

Lucas. De la calle de los Monos!... y quién os ha dicho que yo vivia en la calle de los Monos?
Jobson. (*Turbado.*) Quién?... vos mismo.
Lucas. Yo!... mentira, mentira... yo no os lo he dicho.
Jobson. Y qué que lo sepa?
Lucas. Y por qué os habeis puesto colorado?
Jobson. Yo!... porque hace aquí bastante calor...
Lucas. (*Sacando con énfasis la caja.*) Pues tomad un polvo, y se os descargará la cabeza.
Jobson. (*Al tomarlo repara en la caja.*) Qué veo!...
Lucas. (*Ap.*) Se ha turbado al verla... este es el ladron. (*Jobson estornuda.*) Dominus tecum.—Este es buen tabaco... de la calle de los Monos... ya lo conocereis... y creo que tambien la caja.
Jobson. Yo!... no por cierto.
Lucas. Pues es estraño... porque allí se quedó olvidada en el mostrador del estanco de la calle de los Monos... justamente por la época en que vos estuvísteis en París... yjustamente el dia que me robaron al niño Arturo.
Jobson. Creo que me llaman... es la voz del almirante...
Lucas. Es la voz de tu conciencia, bribon, embustero...
Jobson. Vos estais loco!...
Lucas. Ladron de chiquillos!...
Jobson. Ea, agur!... (*Ap.*) Qué demonio de hombre!
Lucas. No te marchas de aquí... no señor... sin decirme dónde está el chiquillo...
Jobson. (*Arremangándose.*) Dejadme salir... ó esto acaba mal!
Lucas. Oh! no te tengo miedo. (*Presentándole la caja abierta.*) Estoy armado!
Jobson. Paso... ó si no... (*En ademan de boxear.*)
Lucas. Acércate... acércate... y verás cómo te ciego!...
Jobson. Paso, digo!

ESCENA X.

DICHOS.—MARÍA.

Maria. Qué es esto?... qué ocurre, Lucas?
Lucas. Qué ha de ser!... que he encontrado al ladron... ese es!... déjame que lo ciegue...
Maria. (*Despues de mirarlo, deteniendo á Lucas.*) Salid... os perdono. (*Jobson saluda y se va.*)

ESCENA XI.

LUCAS. MARÍA.

Lucas. Cómo!... le dejas ir sin que declare dónde está el chiquillo!
Maria. Es inútil: ya lo sé.
Lucas. Lo sabes?... sabes dónde está?... pues dime...
Maria. Todo te lo diré... pero en Francia.
Lucas. En Francia!
Maria. Si: allá nos volvemos.
Lucas. Con él?
Maria. Sin él.
Lucas. (*Asombrado.*) Sin el niño?... y eso dice su madre!... su mamá!...
Maria. El ignora que yo soy su madre... y es preciso que lo ignore siempre.
Lucas. Entonces, hazme el favor de decirme para qué me he estado yo comiendo patatas diez y seis años... para qué me he embarcado... para qué he estado espuesto á servir de almuerzo á un tiburon...
Maria. Primo, si me quieres, no me preguntes mas.
Lucas. Pero es cosa inaudita...
Maria. Preferirías verme morir de dolor, despues de haber hecho la desgracia de Arturo?
Lucas. Ah! si la cosa es tan séria... ya no digo nada.— Callo, y voy á disponerlo todo para nuestra marcha.— Cosa mas rara!...

ESCENA XII.

MARÍA.

Si; marcharé: llevaré conmigo el secreto: Arturo no se verá infeliz, abandonado... no recibirá por herencia mi oscuridad, mi miseria y mi nombre deshonrado... No: yo quiero que sea rico... poderoso!... que ocupe un puesto brillante en ese mundo que arroja de sí á su madre!—Milord acaba de enviarme á decir que Arturo, de órden del almirantazgo, habia partido á bordo... Ah! casi me alegro... no viéndole tendré mas valor para resolverme al terrible sacrificio. (*Llorando.*) Sin embargo... marcharse sin verme... sin darme el último adios!... ah! qué amargura! (*Cae abismada*

en un sillon.—Abrese con misterio una puerta pequeña: asoma por ella Arturo, cerciórase de que no hay nadie y sale.)

ESCENA XIII.

MARÍA. ARTURO, *de uniforme.*

Arturo. (*A la puerta.*) Está sola.

Maria. (*Sin verle, levantándose.*) No importa... os lo he ofrecido, mi Dios, y cumpliré mi juramento.

Arturo. (*Ap.*) Qué triste está!... parece que ha llorado... ya no me atrevo á acercarme á ella.

Maria. (*Con firmeza.*) Esto es hecho. (*Se enjuga los ojos: vuélvese, ve á Arturo y dá un grito.*) Ah!...

Arturo. Perdonad... os he asustado!

Maria. No... nada de eso: pero yo creia...

Arturo. Que me habia marchado ya? No debisteis sin embargo creer que me marchase así.

Maria. Es verdad: no debí creerlo.

Arturo. Milord y Jobson no saben que estoy aquí: he venido á escondidas... tenian un afan porque me fuese al instante!... Cuando les manifestaba deseos de despedirme de vos, me decian que no podíais recibir á nadie... pero yo estaba seguro de que me recibiríais... y así lo que he hecho es deslizarme sin que me sientan, y venir por esa puertecilla á daros el último adios y á enseñaros mi uniforme.

Maria. (*Ap.*) Valor mio, no me abandones!

Arturo. Y además, queria pediros una gracia.

Maria. Hablad, hablad.

Arturo. Es que no sé cómo deciros... (*Ap.*) Aunque es pobre tiene delicadeza... busquemos un medio indirecto...

Maria. Temeis que os la niegue?... Hablad, ya os escucho.

Arturo. Yo voy á ausentarme, quizá por mucho tiempo... y lo deseo; porque estoy ya impaciente por bautizar con agua del mar mi charretera; pero sin embargo, siento en el alma separarme de vos, á quien conozco apenas, y no podré olvidar jamás. «La ausencia, me decia yo hace poco, es menos cruel cuando queda un recuerdo, una prenda de la persona ausen-

te: pues bien, si ella consiente, yo le dejaré una para que la guarde siempre y le haga recordar alguna vez al huérfano Arturo.»

Maria. Ah! dádmela, dádmela!... esa prenda será mi tesoro... yo la guardaré siempre en mi corazon!

Arturo. Ah! qué buena sois!... tomad. (*Le dá una caja de tafilete.*)

Maria. (*Abriéndola.*) Qué veo!... ah! qué parecido! (*La besa á escondidas de Arturo.*)

Arturo. No es verdad que tiene todo este aire calaverilla?...

Maria. Pero, sir Arturo, este retrato está guarnecido de diamantes.

Arturo. No, no... son unas piedras de poco valor... Lord Melvil quiere casarme con la hija del duque de Richemont... y para ella estaba destinado.

Maria. (*Ap.*) Una alianza tan brillante!... Ah! muera el secreto en mi corazon!

Arturo. Conque, lo aceptais?

Maria. Sí: guardo el retrato; pero os devolveré el cerco.

Arturo. No, no: guardadle tambien, porque no es regalo, es cambio.

Maria. Cómo!

Arturo. Sí: no me dareis por él alguna memoria vuestra?

Maria. Yo no tengo nada... nada...

Arturo. Y ese medallon que llevais al cuello?

Maria. Ah! este medallon?... no puedo separarme de él: contiene un rizo que una madre cortó á su hijo cuando dormia en la cuna.

Arturo. Dichoso él, que podrá decir: «madre mia!» nombre que yo estoy privado de pronunciar, pero cuya dulzura comprende mi corazon!

Maria. Y nunca os han hablado de la vuestra, Arturo?

Arturo. La mia?... (*Con dolor.*) Estoy condenado á maldecirla!

Maria. (*Aterrada.*) Qué decís!

Arturo. Ah! si supiérais!... ella me abandonó.

Maria. Os abandonó?

Arturo. Sí, señora. Apenas tenia yo un año cuando me encontraron, una noche de invierno, muerto de frio y de hambre en las gradas de una iglesia... y á no ser por la caridad de un hombre generoso...

Maria. Ah! qué horror!... es una mentira infame!... nunca vuestra madre os abandonó.

Arturo. (*Admirado.*) Cuando hablais así, señora, estareis cierta de lo contrario?

Maria. Para obligaros á despreciarla, á aborrecerla, la han calumniado... pero yo la defenderé, sí!—Escuchad, Arturo, escuchad.

Arturo. Sí, sí; ya os escucho.

Maria. Diez y ocho años hace que una jóven de condicion humilde, pero honrada, quedó sola, sin recursos ni apoyo alguno, por la muerte de su padre, valiente oficial, que espiró en el campo de batalla, y tuvo que ganar el pan con el trabajo de sus manos. Un jóven de elevada cuna la vió casualmente y concibió por ella una violenta pasion: ella, la infeliz, sin esperiencia, le amó tambien, y este amor la perdió!

Arturo. Alguna promesa de casamiento?... algun rapto?...

Maria. La sedujo vilmente... y la abandonó á la desesperacion.

Arturo. Ah!

Maria. Ella deseaba la muerte; pero el cielo le impuso otros deberes: era ya madre: nacísteis vos, Arturo.

Arturo. Seguid, seguid.

Maria. Un año entero pudo criar á su hijo... pero la miseria, el hambre...

Arturo. Cómo!...

Maria. Sí, Arturo, la miseria, el hambre la forzaron á entregar su hijo al pecho de una estraña.

Arturo. Y nada supo, nada recibió de su seductor?...

Maria. Oh! sí: pero, sabeis lo que le ofreció?

Arturo. Dinero quizá?

Maria. Sí, dinero; pero con la condicion de que le entregase su hijo...

Arturo. (*Con prontitud.*) Y ella lo rehusó?

Maria. Qué madre vende á su hijo por dinero?

Arturo. Y se han atrevido á calumniarla, á envilecerla!...

Maria. Escuchad, escuchad. No paró en esto; sino que viendo que nada conseguian de ella por el interés, apelaron á la violencia... le robaron su hijo!

Arturo. Le robaron!

:

Maria. Sí, su hijo, su único consuelo!... y en diez y seis años no le ha vuelto á ver.

Arturo. Ah! madre mia!... Y á pesar de tantas desgracias, vive, no es verdad?

Maria. Sí, vive para padecer... pero no padecerá mucho tiempo.

Arturo. Ah! llevadme á verla!... quiero arrodillarme junto á su lecho de dolor!... quizá los besos de su hijo reanimen su moribunda vida!...—No me respondeis!... vuestros ojos se llenan de lágrimas!... Quién sois vos, que así llorais, hablándome de mi madre?

Maria. (*Ap.*) Y mi juramento!... mi juramento!...

Arturo. Aun guardais silencio!... quereis evitar mis miradas!... vos sois mi madre!!!...

Maria. (*Deteniéndole.*) Yo!... no, no... os lo juro... ese título sagrado no me pertenece. Si yo fuera tu madre, pobre niño, no se hubieran abierto ya mis labios para decírtelo? no te hubiera estrechado ya contra mi corazon?...

Arturo. (*Con tristeza.*) Ah! sí, sí... me habia ofuscado!

Maria. Soy una amiga suya... casi una hermana... y por ella he venido á Inglaterra.

Arturo. A qué? decidme á qué?

Maria. El autor de sus desgracias... que os ama mucho, y cuida de vuestra suerte, ha exigido de ella que renuncie solemnemente á todos sus derechos.

Arturo. Y vos venis encargada de rehusar en su nombre tan infame propuesta?... Bien, señora!

Maria. Esta vez no se trata ya de la felicidad de la madre: se trata de la suerte del hijo, y ella ha consentido: yo vengo á responder de su silencio.

Arturo. A responder de su silencio?... á responder á quién?...

Maria. Ah! serenaos, Arturo... me haceis temblar.

Arturo. Quién tiene derecho de imponer á mi madre semejante juramento? El que una vez la engañó tan villanamente, no es cierto? Vos no quereis decirme su nombre? Pues bien, yo os lo diré. (*Llama á una campanilla.*)

Maria. Arturo!

Arturo. (*A un lacayo que se presenta.*) Decid á lord Mel-

vil que sir Arturo le pide un momento de audiencia. (*Vase el lacayo.*)

Maria. Dios mio!... cuál es vuestro proyecto?

Arturo. Dejadme solo, señora: dentro de breves instantes quedará decidida la suerte de mi madre.

Maria. (*Ap.*) Ah! prevengámoslo: nada quiero á precio de su ruina!

Arturo. (*Dándole la mano.*) Ya viene. Permitidme que os conduzca á vuestra habitacion. (*La acompaña hasta la puerta.*)

ESCENA XIV.

ARTURO. *Luego* LORD MELVIL.

Arturo. Lord Melvil!... ya sé cuáles son los lazos que me unen á vos: ya sé los derechos que teneis á mi sumision y á mi agradecimiento... Pero tambien sé lo que debe esperar de su hijo una madre que vos habeis hecho tan infeliz!

Lord. (*Saliendo.*) Qué me querrá? (*Se acerca: ambos se miran un momento en silencio.*) Vos queriais hablarme?

Arturo. Si, Milord.

Lord. (*Ap.*) Qué conmovido está!—No es aquí, Arturo, donde yo creia encontraros.

Arturo. Lo sé.

Lord. Vuestros compañeros de viaje os están ya esperando.

Arturo. Yo no parto ya.

Lord. No partís ya!

Arturo. No, Milord.

Lord. Habeis olvidado que no os perteneceis?

Arturo. No lo he olvidado, Milord.

Lord. Habeis olvidado las obligaciones que os impone esa charretera?

Arturo. Obligaciones mas sagradas me mandan quedarme aquí.

Lord. Qué decís?

Arturo. (*Exaltándose por grados.*) Qué he de decir!... que estoy sufriendo horriblemente!... que tengo el corazon despedazado... combatido de mil diversos sentimientos... el respeto, el temor... el grito de la naturaleza... Ah! no puedo mas!... mejor es romper

el silencio. (*Echándose á sus piés.*) Padre mio!... yo vengo á pediros mas que la vida... vengo á pediros la honra de mi madre!

Lord. (*Ap.*) Todo lo sabe! Infeliz!... quién te ha revelado?...

Arturo. Esa mujer que yo salvé.

Lord. Tú la has visto?

Arturo. Sí; pero de nada teneis que reconvenirla, padre mio: no ha sido ella quien me ha revelado este fatal secreto: yo he sido quien se lo ha arrancado.

Lord. Os ha dicho tambien el precio que he impuesto á su silencio? el juramento que he hecho? la resolucion que he tomado?

Arturo. Sí; me lo ha dicho... pero yo no la he creido.

Lord. Pues habeis hecho mal, Arturo; porque María está ya persuadida de que jamás olvidaré yo lo que debo á mi clase y á mi cuna.

Arturo. Mejor fuera que no lo hubiérais olvidado, milord, cuando deshonrásteis á mi madre!

Lord. Arturo!... sabeis á quién estais hablando?...

Arturo. A quién estoy hablando?... Sí, lo sé: estoy hablando á lord Melvil, descendiente de una de las familias mas nobles de Inglaterra; á lord Melvil, rico y opulento par del reino; á lord Melvil, que orgulloso con los timbres de su cuna, se cree dispensado de cumplir toda obligacion.

Lord. (*Ap.*) Qué esto oiga yo de sus labios!

Arturo. Oh! ya sé yo que para un gran señor es cosa de juego legar por herencia á la mujer que le ha amado la vergüenza y la deshonra!

Lord. Arturo!

Arturo. Robarle su hijo, su único tesoro; y cuando solicita como gracia que la permitan darle un abrazo, responderle: «entrégame tu hijo, ó le abandono tambien: guárdate de mirarlo: guárdate de decirle una palabra cariñosa, una palabra que pueda descubrirle el secreto, porque entonces lo arrojaré tambien como á tí á la miseria y al desprecio.»

Lord. Callad, Arturo... yo os lo mando!

Arturo. No quiero callar, Milord! Arturo levanta aquí la frente que vos habeis querido humillar: le obligais á elegir entre su madre y vos!... entre vos, grande y

opulento, y su madre, pobre y despreciada... pues bien: su eleccion está hecha: Arturo trabajará para mantenerla: desde hoy olvida todos vuestros beneficios, y desprecia todos vuestros dones: os debe está charretera que pensaba ilustrar algun dia... pues él se la arranca de sus hombros, Milord, y la pisa con sus piés, para no quedaros á deber nada!

Lord. Ah!... esto es demasiado! Salid, salid de aqui al instante! (*Cae en un sillon.*)

Arturo. (*Yéndose.*) No hay remedio! Ah! y yo le amaba tanto!

Lord. (*Mirándole.*) Llora!

Arturo. Nos hecha de casa á mí y á mi madre! (*Volviéndo.*) Pero no... no es posible!... Milord... tened piedad de mi madre!

Lord. Arturo!

Arturo. Vos que sois tan bueno, que nunca habeis visto derramar lágrimas sin enjugarlas!... Ah! padre mio!... conozco que me he escedido... mis palabras han herido vuestro corazon: perdonadme. (*Lord Melvil se enternece: Arturo abraza su cuello.*) Os amaremos tanto los dos!... seremos vuestro consuelo y vuestra alegría!... esa noble carrera á que vos con tanto placer me habíais destinado yo la recorreré con gloria á vuestra vista, guiado por vuestros consejos, inflamado por vuestro ejemplo! (*Lord Melvil apepas puede contener su emocion.*) Os enterneceis!... me ocultais vuestras lágrimas!... Ah! madre mia!... al fin os va á abrir los brazos!... (*Le estrecha de nuevo contra su pecho: lord Melvil dá muestras de la lucha violenta, que reina en su corazon, pero al fin rechaza á Arturo con ademan firme.*)

Lord. (*Con entereza.*) Jamás!

Arturo. (*Despues de una pausa.*) Basta de súplicas! Adios, Milord. (*Va á salir á tiempo que se abre una puerta y aparece María.*)

Lord. (*Ap.*) Ella es!

ESCENA XV.

DICHOS. MARÍA.

Maria. (*Ap. á lord.*) No temais: está hecho el sacrificio.

Arturo. Venid, señora: abandonemos ahora mismo el castillo de Melvil, y vamos á buscar á mi madre.

Lord. (*Ap.*) A buscar á su madre!... qué es lo que dice!

Arturo. Marchemos.

Maria. Quereis ir á ver á vuestra madre! Ah! sir Arturo, ya es tarde.

Arturo Es tarde!

Maria. Sí, ha muerto.

Arturo y Lord. Ha muerto!

Arturo. Ah!... eso no es verdad!... vos me engañais... lo decís para obligarme á permanecer aquí.

Maria. Leed esta carta que os escribió á la hora de la muerte. (*Le dá una carta cerrada.*) En esta otra me participan la fatal noticia: acabo de recibirlas.

Arturo. Ah!... mi vista se anubla... yo no puedo leer!

Maria. Dádmela: yo leeré.—(*Lée.*) «Hijo mio: se acabó el mundo para mí: ya no nos veremos sino en el cielo! (*Un momento de silencio.*) En el cielo, donde Dios cuenta las lágrimas de los desgraciados; en el cielo, que es la patria de los pobres huérfanos y de las madres desvalidas. Antes de separarme de tí para siempre en este mundo, quiero imponerte mi última voluntad. Un hombre fué cruel, muy cruel, conmigo; pero este hombre es tu padre: yo le perdono. Sé que te ha criado con amor; que funda en tí su esperanza y su felicidad: ámale, Arturo, como yo le he amado, y tu madre, desde el cielo rogará á Dios por ti.»

Arturo. (*Arrodillándose.*) Dios mio, recibe el juramento que hago de obedecerla! (*La agitacion de lord Melvil ha ido aumentándose por grados durante la lectura. Al oir la esclamacion de Arturo ya no puede contenerse, y levantándole del suelo le arroja en los brazos de María.*)

Lord. Ah!... no puedo mas!...—Lady Melvil, abraza á tu hijo.

Arturo. Madre mia!

Maria. Ah! (*Viendo á lord Melvil que la mira con las manos juntas, como pidiéndola perdon, se echa en sus brazos, quedando enlazados los tres.*) Guillermo! Bendito seas!

FIN DEL DRAMA.

7. 10